

mayor que la demanda real, los trabajadores digitales tienen poco poder de negociación. Los trabajadores son considerados ‘contratistas independientes’ y, en las transacciones transfronterizas, la confusión en cuanto a qué legislación laboral aplicar generalmente resulta en la ausencia total de protección social.

Estudios empíricos han demostrado que en lugar de una economía sin fricciones, entre empleadores en países de altos ingresos y trabajadores en países en desarrollo (principalmente India, Filipinas, Pakistán y Bangladesh) “surgen intermediarios que usan la ubicación geográfica, las redes y otras ventajas posicionales para mediar entre compradores y vendedores de trabajo, exacerbando así las desigualdades globales”.²³

23 *Ibíd.*, pág. 149.

Sin embargo, “gobiernos como los de Nigeria, Malasia y Filipinas, y grandes organizaciones como el Banco Mundial, ven cada vez más al trabajo digital como un mecanismo para ayudar a algunos de los más pobres del mundo a escapar de las oportunidades limitadas de crecimiento económico en sus contextos locales”.²⁴ Los beneficios que algunos trabajadores realmente obtienen no deben oscurecer la desigualdad intrínseca en este mercado, enfatizada por el rol de las plataformas que intermedian. El trabajo digital es solo uno de los aspectos en los que las nuevas tecnologías están transformando el futuro del trabajo, pero es necesario concebir alternativas y estrategias para esta forma extrema de relaciones humanas transfronterizas, para crear un mundo de trabajo más justo en todas partes.

24 *Ibíd.*, págs. 158-159.

Las máquinas (algoritmos) ya están decidiendo nuestro futuro

Recuadro 3.3

POR PRABIR PURKAYASTHA¹

Los algoritmos digitales están tomando decisiones que antes tomaban los gobiernos, las empresas e incluso nosotros mismos.

Hoy en día, hay algoritmos que deciden quién conseguirá un trabajo, qué parte de una ciudad necesita desarrollarse, quién debe ingresar en una universidad y, en el caso de un delito, cuál debería ser la sentencia. Lo que amenaza la vida tal como la conocemos, no es la súper-inteligencia de algunos robots sino la proliferación de máquinas que toman miles de

decisiones críticas para las vidas de las personas y para definir qué sociedad tendremos.

Supongamos que Usted solicita un préstamo. La gran cantidad de datos financieros que Usted ha creado - transacciones con tarjetas de crédito, transacciones bancarias, retiros de cajeros automáticos - todos estos datos son accedidos y procesados por algoritmos en alguna computadora. Esta información está almacenada para siempre; es más barato almacenar todos los datos que decidir cuáles guardar y eliminar los otros. Todos estos datos son procesados por los algoritmos para determinar su solvencia y

con base en el puntaje final, se toma la decisión de otorgar un préstamo.

Lo que decide si Usted obtiene un préstamo o no es, finalmente, un puntaje establecido por una máquina, no quién es Usted, qué ha logrado, qué tan importante es su trabajo para el país (o la sociedad). Para la máquina, usted es solo el resultado de todas sus transacciones pasadas, procesadas y reducidas a un número simple.

Estos algoritmos son propiedad intelectual y, por lo tanto, sus secretos están celosamente guardados. Lo peor es que algunos de los algoritmos ni siquiera los

1 A longer version was originally published on <https://newsclick.in/>.

entienden quienes los escribieron; ¡incluso los creadores de tales algoritmos no saben cómo obtuvo un algoritmo particular un puntaje específico!

La matemática y científica de datos Cathy O’Neil, en un libro reciente, “Weapons of Math Destruction” (armas de destrucción matemática) nos dice que la aparente objetividad de procesar gran cantidad de datos mediante algoritmos es falsa. Los algoritmos en sí mismos no son más que nuestros sesgos y subjetividades codificados: “Son solo opiniones traducidas al lenguaje matemático”.

¿Qué sucede cuando transformamos los datos que creamos con nuestras huellas numéricas cotidianas en “opiniones” o “decisiones” de las máquinas? Google ofrece más anuncios de trabajos bien remunerados a varones que a mujeres; los afro-descendientes reciben condenas más largas ya que son señalados como de alto riesgo de reincidir en el delito por un algoritmo de evaluación de riesgos judiciales. El algoritmo no utilizaba explícitamente la raza del delincuente, pero calculaba el riesgo tomando en cuenta su lugar de residencia, los antecedentes de otros miembros de la familia, la educación y los ingresos, todo lo cual, en conjunto, es un indicador de la raza.

El problema es más profundo que los sesgos subjetivos de los programadores de algoritmos y radica en los llamados modelos predictivos que construimos utilizando estos

datos. Tales datos y modelos simplemente reflejan la realidad objetiva del alto grado de desigualdad que existe dentro de la sociedad, y lo replica en el futuro a través de sus predicciones.

¿Qué son los modelos predictivos? En pocas palabras, usamos el pasado para predecir el futuro. Utilizamos la gran cantidad de datos disponibles para crear modelos que relacionen el resultado “deseado” con una serie de datos de entrada. El resultado podría ser un puntaje de crédito, la posibilidad de tener éxito en una universidad, un trabajo, etc. Los datos históricos de las personas que han tenido “éxito”, algunas variables de resultados específicos, se seleccionan como indicadores de éxito y se correlacionan con diversos datos sociales y económicos del candidato. Esta correlación se usa para clasificar a cualquier nuevo candidato en términos de posibilidades de éxito en función de su perfil. Para usar una analogía, los modelos predictivos son como conducir automóviles mirando solo a través del espejo retrovisor.

Una puntuación para el éxito, ya sea un trabajo, la admisión a una universidad o una pena de prisión, refleja de alguna forma la desigualdad existente en la sociedad. No hay falta que un afroamericano en los Estados Unidos, o un dalit o un musulmán en la India, sea identificado por raza, casta o religión. Los datos de sus transacciones sociales ya son prejuiciosos y tendenciosos. Cualquier algoritmo de puntuación

terminará con una predicción de éxito futuro en función de qué grupos tienen éxito hoy. El peligro de estos modelos es que la raza, la casta o el credo pueden no existir explícitamente como datos, pero existe una gran cantidad de otros datos que actúan como sustitutos de estas “variables”.

Dichos modelos predictivos son una fuerza intrínsecamente conservadora que intenta replicar las desigualdades existentes de la sociedad.

La comunidad de Inteligencia Artificial está reconociendo los peligros de tales modelos, que pueden, incluso, violar garantías constitucionales contra la discriminación.

Ya se discute en Estados Unidos la creación de una Junta de Seguridad de Algoritmos, que los pueda volver transparentes y responsables. Deberíamos saber qué se está codificando y, si es necesario, averiguar por qué el algoritmo emitió una determinada decisión: los algoritmos deberían poder auditarse. Ya no es suficiente decir “la computadora lo hizo”.